

Nacer de lo alto

“Tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo,
no para juzgar al mundo, sino para que el mundo
sea salvado por Él”.

Jn 3,16.

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

Un llamado sincero a renovar la vida, a nacer de nuevo y de lo alto. Ha de renacer del Espíritu: Nicodemo el personaje del Evangelio de Juan, visita a Jesús de noche para escucharle y poder creer en Él y en su mensaje salvador. Nicodemo va a Jesús, lo llama Maestro. Nicodemo desea saber si hay algo más que falta por cumplir. Está preparando su primera pregunta, pero Jesús, que parece conocerla, le interrumpe. La respuesta de Jesús es cortante, categórica, directa, decidida, casi descortés. Con ella le cambia el argumento: El que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios. Jesús tiene prisa en responder al letrado que no hay otro modo de vislumbrar, de acercarse y de entrar en Reino de Dios: Hay que nacer de lo alto. Este modo de nacer no implica volver al seno de la madre como materialmente lo entendía Nicodemo, no.

Jesús habla del hombre nuevo, si bien sea avanzado de edad, nace no ingresando de nuevo en la madre, sino volviendo su mirada al rostro del Padre, que es espíritu. Nacemos de lo alto cuando sabe con certeza que es amado como es. Sólo el amor conduce a la luz de la propia verdad, a saber, quién soy, de dónde vengo, a dónde voy. El hombre

nuevo nace del amor de Dios y por voluntad de Dios (v.13). El amor lo conoce no quien se esfuerza en amar sino quien reconoce ser amado gratuitamente por Dios.

A veces en ocasiones por mal información se ha comunicado la imagen de Dios como si fuera justiciero, inquisidor, vigilante, fiscal y presto al castigo. Una imagen así de Dios infunde más miedo y temor que amor y confianza. Dios se ha manifestado siempre que es un Dios de amor. En la Biblia leemos que envió a su propio Hijo, para demostrar su amor a los hombres: “Tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo, no para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvado por Él” (v.16). Amor con amor se paga. Aceptar esa imagen de Dios, es abrirse a la luz.

“Dios, rico en misericordia, nunca olvidarlo, es rico en misericordia por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo”, Apóstol Pablo.

Hemos admitido la gracia de Dios ¿Qué es la gracia? Un don de Dios. El don que se explica con su amor. El don está allí donde está el amor. Y el amor se revela mediante la cruz. Así dijo Jesús a Nicodemo. El amor, que se revela mediante la cruz, es precisamente la gracia. En ella se desvela el más profundo rostro de Dios. Él no es sólo el juez. Es Dios de infinita Majestad y de extrema justicia. Es el Padre que quiere que el mundo se salve; que entienda el significado de la cruz. Esta es la razón más fuerte del significado de la ley y de la pena. Es la Palabra que habla de modo diverso a las conciencias humanas. Es la Palabra que obliga de modo diverso a las palabras de la ley y a la amenaza de la pena. Para entender esta Palabra es preciso ser un hombre nuevo; el de la gracia y de la verdad.

La gracia es un don que compromete. ¡El don de Dios vivo, que compromete al hombre para la vida nueva! Y esencialmente en esto consiste ese juicio del que habla también Jesús a Nicodemo: Esta cruz salva y, al mismo tiempo, juzga diferente. Juzga más íntimamente. Porque todo el que obra el mal, aborrece la luz ¡Esta luz estúpida

que emana de la cruz! “Pero el que obra la verdad viene a la luz” (v.20). Viene a la cruz. Se somete a las exigencias de la gracia. Quiere que lo comprometa ese inefable don de Dios. Que forje toda su vida.

“Jesús a Nicodemo: Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en Él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él. El que cree en Él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. El juicio consiste en esto: Que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios” (Jn 3,14-21).

¿La cruz de Jesús es una palabra dirigida al dolor humano que, queriendo realizar el ideal del bien, de la justicia, de la virtud, encuentra y padece contradicción? ¿O es también una palabra para el dolor humano en todas sus facetas, para el dolor que nos viene sin buscarlo, sin quererlo, el dolor repentino, el dolor que parece llegar de modo absurdo?

Sin duda que la respuesta es única: La cruz del Señor es una palabra para todo el dolor humano. El cristiano no dice: Padecemos el dolor, Jesús también lo padeció. Ha aprendido, más bien, a razonar de otro modo. Ha aprendido que la cruz de Jesús es precisamente su dolor, el nombre que se debe dar también al dolor humano.

El cristiano mirando la cruz, ve el dolor de Jesús: Este dolor es una palabra para el dolor del hombre, que no puede tener otro nombre

que el nombre de la cruz. Si redujésemos la cruz de Jesús a un caso particular de dolor del mundo, no cambiaría nada. Dar un nombre significa la posibilidad de encontrar un sentido. Vivir tiene significado si lleva consigo dolor. La resurrección de Cristo me lo recuerda en cuanto es el éxito de un padecer y morir que no ha puesto en tela de juicio el sentido de la vida.

Describamos algunos puntos básicos que vamos a desarrollar en este escrito de valor teológico, bíblico y pastoral:

1. Se trata de Nicodemo
 - a. Nacer de nuevo
 - b. Signo de Dios
2. Dios ama el mundo
 - a. Mirando la cruz
 - b. Regreso a la casa del Padre
3. Eligen obrar el mal

El cristianismo no es una doctrina de saber filosófico, no es un programa de vida para sobrevivir, para ser educados, para hacer las paces. Estas son las consecuencias. El cristianismo es una persona, una persona elevada en la cruz, una persona que se aniquiló a sí misma para salvarnos; se ha hecho pecado. Y así como en el desierto ha sido elevado el pecado, aquí que se ha elevado Dios, hecho hombre y hecho pecado por nosotros. Y todos nuestros pecados estaban allí. No se entiende el cristianismo sin comprender esta profunda humillación del Hijo de Dios, que se humilló a sí mismo convirtiéndose en siervo hasta la muerte y muerte de cruz, para servir.

1. Se trata de Nicodemo

Algunos antecedentes de Nicodemo aluden que es el nombre de un judío que aparece en el Nuevo Testamento cristiano, importante por ser el protagonista de un profundo diálogo con Jesucristo. Según el Evangelio de Juan, Nicodemo era un rico fariseo, maestro en Israel y

miembro del Sanedrín. De él, añade que era principal entre los judíos. Un líder religioso que se acerca a Jesús de noche, sobre seguro para que nadie lo vea conversando con él. Pertenece a los fariseos, la secta religiosa más estricta e influyente en Israel. Al ser un distinguido maestro de las Escrituras, se interesó en Jesús luego de conocer las señales que él realizaba.

Significamos que un fariseo es una persona que pertenecía a un grupo religioso judío de la época de Jesús que se caracterizaba por observar escrupulosamente y con cierta afectación los preceptos de la ley mosaica; en general, se interesaba más por la manifestación externa de esos preceptos que por seguir el espíritu de la ley, de ahí la accesión despectiva de la palabra, que significa farsante o hipócrita. No sabemos por qué Nicodemo fue de noche; tal vez quiso evitar que otros le vieran, ya que a la mayoría de fariseos no le gustaba Jesús. A ellos les gustaba que la gente les alabara, y no querían ser enseñados por Jesús. Jesús criticó varias veces por su orgullo e hipocresía.

Aunque Nicodemo pudo haber sentido algo de temor de lo que otros fariseos dijeran, él era diferente. Había visto los grandes milagros de Jesús, y había llegado a creer que Jesús era un maestro enviado por Dios. Nicodemo fue a declarar esto a Jesús. A Jesús no le gustaba andarse con rodeos ¿Qué le iba a decir Jesús a Nicodemo, para que este comenzara a comprender? Toda comprensión del reino de Dios comienza por este paso; paso que, de ninguna manera, podemos demorar.

Nicodemo aparece varias veces en el evangelio de Juan. Era una persona que tenía una cierta posición social. Tenía cierto liderazgo entre los judíos y formaba parte del Sanedrín. Según Juan, él representa al grupo de los judíos que eran piadosos y sinceros, pero que no llegaban a entender todo lo que Jesús hacía y hablaba. Se acercó hasta Jesús en el silencio de la noche. Su saludo inicial es ya significativo: “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie

puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con Él” (v.2). Jesús no negó la grandeza y autoridad que se le atribuía.

El nombre de Nicodemo es de origen griego y puede traducirse como ‘victoria del pueblo’. Es un notable fariseo, miembro del Sanedrín y doctor en Israel. Es, sin duda, uno de aquellos discípulos anónimos que se dejaron impresionar por la fascinación que Jesús debía de suscitar en su entorno.

a. Nacer de nuevo

“En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios” (v.3). El texto griego parece decisivamente ambiguo. La expresión ‘nacer de lo alto’ podría también entenderse como ‘nacer de nuevo’. Y así parece entenderla Nicodemo. Pero esa condición le parece imposible.

En los relatos de vocación es muy frecuente que la persona llamada por Dios oponga una cierta resistencia ante el misterio de lo inefable. Así hace también Nicodemo al preguntar: “¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?” (v.4). La segunda respuesta de Jesús emplea el mismo tono solemne de la anterior:

“ En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios” (v.5).

Nicodemo había saludado a Jesús con el título de ‘Maestro’. Ahora es Jesús quien le devuelve interrogante el mismo título de honor: “Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas?” (v.10). En verdad, en verdad te digo: Nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio. Si al deciros cosas de la tierra, no creéis, ¿cómo vais a creer

si os digo cosas del cielo? Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre” (v.11-13). Nos encontramos con la antítesis de los ‘saberes’. Así comenzaba el saludo inicial de Nicodemo: sabemos que has venido de Dios como maestro.

Las categorías de la bajada y la subida introducen el recuerdo de la serpiente que Moisés levantó en el desierto. Los que la miraban quedaban libres de las mordeduras de las serpientes (Nm 21,4-9). Ya el libro de la Sabiduría desmitificaba aquella imagen. No era la fuerza mágica de aquel talismán lo que curaba: era la fe en el Dios que guiaba por el camino (Sb 16,6-7).

Nadie hubiera osado comparar a Jesús con la serpiente de bronce si Él mismo no se hubiera apropiado de la imagen: “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por Él vida eterna” (v.15). También ahora, como en los tiempos del Éxodo en el desierto, es la fe la que salva: la fe en Jesús, el maestro enviado por Dios. Por Él ha venido la vida. Por Él se llega a la vida. Por Él, levantado en la cruz y exaltado con gloria.

La vida no se alcanza por las propias fuerzas. Es un don de Dios, que se recibe en gratuidad, porque nace de la gratuidad del amor de Dios:

“

Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él. El que cree en Él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios” (v.18).

Éste es el núcleo de la revelación de Jesús: Dios ama al mundo. El hombre que era reconocido como maestro es mucho más que eso:

Es el Hijo de Dios. Por la fe en Él se llega a la vida. La fe en el Hijo del hombre y la fe en el Hijo unigénito de Dios.

El juicio final, esperado por unos y temido por otros, comienza ya por la aceptación o el rechazo del Hijo de Dios. Él no ha venido para alzarse como salvador político-social, al modo de los antiguos jueces de Israel. Jesús no ha venido para juzgar al mundo, sino para ofrecerle la salvación. El juicio sobre el mundo se lleva a cabo en la aceptación o el rechazo de la luz.

El Maestro sorprendido por Nicodemo no sólo utiliza una luz en la noche, sino que Él mismo es la luz. Su aceptación o rechazo se constituyen en la clave de la salvación:

“ El juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios” (v.21).

El ‘ser levantado en alto’ no es la expresión de un poder dominador, sino la consecuencia de una entrega plena al amor. El creyente encuentra su salvación mirando en dirección de la cruz de Cristo. Ser fiel al Crucificado no es buscar con masoquismo el sufrimiento, sino acercarse a los que sufren, solidarizándose con ellos hasta las últimas consecuencias. Descubrir la grandeza de la cruz, no es encontrar un fetiche y unirnos en su dolor, sino percibir la fuerza liberadora que se encierra en el amor cuando es vivido en toda su profundidad.

Cristo ha venido para que todos los pueblos en Él tengan vida y vida plena.

La cruz habla de un amor golpeado pero victorioso; humillado pero rodeado de gloria; traicionado y siempre fiel. No olvidemos que el crucificado es un justo y que lo ha hecho por amor. Cuando los cristianos adoramos la cruz no ensalzamos el sufrimiento, la inmolación, ni la muerte; sino el amor, la cercanía y la entrega de un Dios que ha querido compartir nuestra vida y nuestra muerte hasta el fondo.

Aquél que mira al Hijo del Hombre y cree en Él tendrá la vida eterna. En cierto modo también nosotros debemos proseguir nuestro camino en este mundo, siguiendo las huellas de Cristo. Porque aquél que muestra la fe en Cristo con su conducta está destinado a ser visto por todos. Es necesario para la salvación de aquellos que lo desean. Para podernos alzar como la serpiente de bronce y ser señal con la que Cristo cure el mundo de sus enfermedades, no es suficiente la carne, es decir, no bastan las posibilidades naturales del hombre, sino que debemos estar dispuestos a aceptar el aliento del Espíritu, que nos sugiere el camino de Cristo en las diversas ocasiones.

Con frecuencia olvidamos que el amor de Dios es universal y que alcanza a la humanidad entera, a nosotros y al mundo en que vivimos. Y con mayor frecuencia olvidamos también que el objeto de este amor es que el mundo tenga vida y que también cada uno de nosotros tengamos vida en plenitud. Normalmente cuando se habla de creer, nos viene a la mente una serie de verdades, de dogmas y argumentos, a los cuales debemos adherirnos sin tenerlos muy claros. Tenemos fe, solamente si creemos principalmente en el amor: si creemos que Dios ama al mundo, que ama a todos los hombres, que ama a cada uno de nosotros, si logramos experimentar este amor incondicional de Dios.

b. Signo de Dios

Dios interviene en nuestras vidas, ¿cómo estar seguros de que es Él quien actúa y no nosotros que lo proyectamos? En la narración de Juan, hay un signo de Dios que es la respuesta a Nicodemo, Jesús revela su propia identidad y la suerte que le espera, la misión reci-

da del Padre y su desenlace entre los hombres. Después de haberse identificado con la figura gloriosa del Hijo del hombre bajado del cielo (v.13).

Dios actúa para nosotros mediante signos sagrados. Jesús se relaciona con la serpiente de bronce que Moisés había alzado en el desierto para librar de la muerte segura al pueblo pecador. Para vislumbrar el pasaje, es preciso adentrarse en el mundo de los símbolos, tan característico de Juan. La serpiente recuerda la muerte, pero también su antídoto. De hecho, en la civilización en contacto con Israel, la serpiente era figura de la fecundidad. La elevación de Jesús en la cruz como maldito, aunque represente el culmen de la ignominia, constituye también el máximo de su gloria.

En Juan que reconoce la serpiente de bronce levantada por Moisés en el desierto como la prefiguración profética del levantamiento del Hijo del hombre crucificado. De esta manera, es aquí la primera expresión de la teología joana que hace coincidir la elevación en la cruz con la glorificación de Cristo, porque precisamente en la cruz se revela en todo su esplendor el amor salvífico de Dios. Todo esto lo desarrolla en los versículos sucesivos: es el amor el que mueve al Padre a entregar al Unigénito para que el hombre pase del pecado a la vida eterna. Pero este don exige la admisión de la fe: En el desierto había que mirar a la serpiente de bronce, ahora se debe creer en Jesús. El envío del Hijo es para una misión de salvación, y cada uno, con su adhesión o su rechazo, hace una opción que implica un juicio.

Con este signo de Juan, logramos el núcleo de la fe cristiana y de la revelación: La iniciativa es de Dios mismo y es una acción de salvación. Dios, pues, según el discípulo amado, siempre actúa para bien y nunca para condenar. Y, de hecho, la gran novedad de Jesús es ésta: perpetrar las obras que son portadoras de vida para así llevar a cabo el proyecto de Dios: Jesús cuando acoge, perdona, busca y Dios mismo está actuando en Él.

El proyecto de Dios, puede ser aceptado o puede ser rechazado: He aquí el dilema donde se encuentra todo ser humano. Según el evangelista, aceptarlo es aceptar la persona de Jesús; esto es, dejarse iluminar por su luz, y esto tiene consecuencias muy claras en la vida, porque ése que acoge la luz, obrará según Jesús. El que la rechaza, opta por la oscuridad; su vida será un caminar en tinieblas.

De nuevo, es necesario recordarnos que todo esto no es cuestión de ideas o principios, sino algo mucho más vital: Soy yo el que ha sido y sigue siendo amado por Dios; soy yo al que se me ofrecen los frutos de la entrega y de la resurrección de Jesús, el Señor. Personalizar mi fe, hacerla más vital, algo que afecta directamente a mi caminar de cada día. Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, transmitida como fundamental por la Tradición, establecida en los documentos del Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del Misterio Pascual al mismo tiempo que la cruz: Cristo ha resucitado de los muertos, con su muerte ha vencido a la muerte. Y a los muertos ha dado la vida.

2. Dios ama el mundo

Mirando la cruz, esa cruz es una revelación de Dios. Es la revelación definitiva. La cruz de Cristo es la prueba suprema de la misericordia y del amor de Dios por nosotros: Jesús nos amó “hasta el extremo” (v.1), es decir, no solo hasta el último instante de su vida terrena, sino hasta el límite extremo del amor. Si en la creación el Padre nos dio la prueba de su inmenso amor dándonos la vida, en la pasión y en la muerte de su Hijo nos dio la prueba de las pruebas: Vino a sufrir y morir por nosotros. Así de grande es la misericordia de Dios: Él nos ama, nos perdona; Dios perdona todo y Dios perdona siempre.

Alguno podría pensar que sería un enunciado más presentado. Palabras que se podrían eliminar del Evangelio sin que nada importante cambiara. Es la afirmación que recoge el núcleo esencial de la fe cris-

tiana. “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único”. Este amor de Dios es el origen y el fundamento de nuestra esperanza.

Es cierto que expresemos que “Dios ama el mundo”. Lo ama tal como es. Inacabado e incierto. Lleno de conflictos y contradicciones. Capaz de lo mejor y de lo peor. Este mundo no recorre su camino solo, perdido y desamparado. Dios lo envuelve con su amor por los cuatro costados. Esto tiene consecuencias de la máxima escala. El amor de Dios por el mundo es manifestado en el hecho de que Él da la oportunidad de cambiar. Es un amor incondicional:

- Regalo de Dios, Jesús es el regalo que Dios ha hecho al mundo, no solo a los cristianos. Los investigadores pueden discutir sin fin sobre muchos aspectos de su figura histórica. Los teólogos pueden seguir desarrollando sus teorías más ingeniosas. Solo quien se acerca a Jesús como el gran regalo de Dios puede ir descubriendo en Él, con emoción y gozo, la cercanía de Dios a todo ser humano.
- Comunicación de su amor, la razón de ser de la Iglesia, lo único que justifica su presencia en el mundo, es recordar el amor de Dios. Lo ha subrayado muchas veces el Vaticano II: “La Iglesia es enviada por Cristo a manifestar y comunicar el amor de Dios a todos los hombres”. Nada hay más importante. Lo primero es comunicar ese amor de Dios a todo ser humano.
- Salvación del mundo, según el evangelista, Dios hace al mundo ese gran regalo que es Jesús, “no para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él”. Es peligroso hacer de la denuncia y la condena del mundo moderno todo un programa pastoral. Solo con el corazón lleno de amor a todos podemos llamarnos unos a otros a la conversión. Si las personas se sienten condenadas por Dios, no les estamos transmitiendo el mensaje de Jesús, sino otra cosa: Tal vez nuestro resentimiento y enojo.

- Valores del mundo, en estos momentos en que todo parece confuso, incierto y desalentador, nada nos impide a cada uno introducir un poco de amor en el mundo. Es lo que hizo Jesús. No hay que esperar a nada. ¿Por qué no va a haber en estos momentos hombres y mujeres buenos que introducen en el mundo amor, amistad, compasión, justicia, sensibilidad y ayuda a los que sufren? Estos construyen la Iglesia de Jesús, la Iglesia del amor.

El hombre encuentra a Dios detrás de cada puerta que la ciencia logra abrir. Estoy convencido de que en un principio Dios hizo un mundo distinto para cada hombre, y que es en ese mundo, que está dentro de nosotros mismos, donde deberíamos intentar vivir. Porque no eres más porque te alaben, ni menos porque te critiquen; lo que eres delante de Dios, eso eres y nada más.

“Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas y pedir lo que no puedas y te ayuda para que puedas”
Agustín.

Asimismo, Jesús nos invita a la confianza. Estas son sus palabras: “No viváis con el corazón turbado. Creéis en Dios. Creed también en mí”. Jesús es el vivo retrato del Padre. En sus palabras estamos escuchando lo que nos dice el Padre. En sus gestos y su modo de actuar, entregado totalmente a hacer la vida más humana, se nos descubre cómo nos quiere Dios.

a. Mirando la cruz

Dios se deja conquistar por el humilde y rechaza la arrogancia del orgulloso. Juan nos habla de un extraño encuentro de Jesús con un importante fariseo, llamado Nicodemo. Según el relato, es Nicodemo quien sencillamente toma la iniciativa y va a donde Jesús de noche. Vislumbra que Jesús es un hombre venido de Dios, pero se mueve entre tinieblas. Jesús lo irá conduciendo hacia la luz. Dios prefiere

a la gente corriente. Dios, aunque invisible, tiene siempre una mano tendida para levantar por un extremo la carga que abrumba al pobre.

Nicodemo personifica en el relato a todo aquel que busca sinceramente encontrarse con Jesús. Por eso, en cierto momento, Nicodemo desaparece de escena y Jesús prosigue su discurso para terminar con una invitación general a no vivir en tinieblas, sino a buscar la luz. Si nos alejamos de Dios, ¿quién nos garantiza que un día un poder humano no reivindique de nuevo el derecho a decidir qué vida humana vale y cuál no vale?

“Nadie niega a Dios, sino aquel a quien le conviene que Dios no exista”
Agustín.

La Cruz parece decretar el fracaso de Jesús, pero en realidad, marca su victoria. Por eso la luz que lo puede iluminar está en el Crucificado. Estas son las palabras: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna”. ¿Podemos ver y sentir el amor de Dios en ese hombre torturado en la cruz?

El misterio del Padre es amor entrañable y perdón continuo. Nadie está excluido de su amor, a nadie le niega su perdón. El Padre nos ama y nos busca a cada uno de sus hijos por caminos que sólo Él conoce. Mira a todo ser humano con ternura infinita y profunda compasión. Por eso, Jesús lo invoca siempre con una palabra: Padre.

El mundo puede desechar la luz que viene de Cristo. Los hombres prefirieron la tiniebla a la luz. La misión de la Iglesia es dar testimonio de la luz y orar incesantemente por los que la rechazan, para que todos tengan vida eterna, por Nuestro Señor Jesucristo, que quiere hacer presente su muerte y su resurrección por esos hombres a quienes tanto amó.

¡Jesús que, conociendo como nadie la infinita excelencia, se inmola en la Cruz con amor inmenso! Siempre hemos visto la cruz por todas partes, no hemos aprendido a mirar el rostro del Crucificado con fe y

con amor. Nuestra mirada distraída no es capaz de descubrir en ese rostro la luz que podría iluminar nuestra vida en los momentos más duros y difíciles.

“

Cristo, clavado en el árbol de la cruz, fue atravesado por la lanza y salió sangre y agua, más dulce que todo ungüento, víctima grata a Dios, expandiendo por todo el mundo el perfume de la santificación. De hecho, al hacerse hombre siendo Verbo, se impuso límites; a pesar de que era rico, se hizo pobre para enriquecernos con su miseria” (2Co 8,9).

La cruz, en la que se muere para vivir; para vivir en Dios y con Dios, para vivir en la verdad, en la libertad y en el amor, para vivir eternamente.

La escena de la cruz nos conmueve. Jesús nos está mandando desde la cruz señales de vida y de amor. En esos brazos extendidos que no pueden ya abrazar, y en esas manos clavadas que no pueden acariciar a los leprosos ni bendecir a los enfermos, está Dios con sus brazos abiertos para acoger, abrazar y sostener nuestras pobres vidas, rotas por tantos sufrimientos. Desde ese rostro apagado por la muerte, desde esos ojos que ya no pueden mirar con ternura a los débiles, desde esa boca que no puede gritar su indignación por las víctimas de tantos abusos e injusticias, Dios nos está revelando su amor a la humanidad.

Podemos acoger a ese Dios y lo podemos rechazar. Nadie nos fuerza. Somos nosotros los que hemos de decidir. Pero la Luz ya ha venido al mundo. ¿Por qué tantas veces rechazamos la luz que nos viene del Crucificado? Cuando Jesús habló nuevamente a la gente, dijo: “Yo soy la luz del mundo. Quien me siga nunca caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8,12).

Él podría poner luz en la vida más desgraciada y fracasada, pero “el que obra mal no se acerca a la luz para no verse acusado por sus obras”. Cuando vivimos de manera poco digna, evitamos la luz porque nos sentimos mal ante Dios. No queremos mirar al Crucificado. Por el contrario, “el que realiza la verdad, se acerca a la luz”. No huye a la oscuridad. No tiene nada que ocultar. Busca con su mirada al Crucificado. Él lo hace vivir en la luz.

Cuando le permites a Dios acercarse a ti a través de Jesucristo y lo aceptas, entonces te darás cuenta que no es solo la Luz del mundo sino el Salvador de todas las generaciones; nadie va al Padre sino por Él. Necesitamos continuamente esa luz para andar en comunión con Él.

b. Regreso a la casa del Padre

Que Jesús sea la luz del mundo significa que el mundo no tiene otra luz que Él. Si va a haber una luz para el mundo, será Jesús. Es Jesús o las tinieblas. No hay una tercera alternativa. No hay otra luz. Significa, por tanto, que todo el mundo, y todos en Él, necesitan a Jesús como su luz. Significa que el mundo fue hecho para esta luz. No es una luz extraña. Es la luz del Creador del mundo. Cuando esta luz viene, no solo descubre el pecado como algo extraño y feo, también hace que todo lo bueno en el mundo resplandezca con su luz plena y verdadera. Este mundo fue hecho para ser iluminado por esta luz. Esta luz de Cristo es nativa para el mundo.

De la cruz vivida con amor debe brotar un compromiso serio para que nuestros pueblos tengan vida, una lucha por una justicia verdadera y un abrir el corazón para compartir lo poco o mucho que tengamos para que los demás puedan disfrutar un poco de vida. Sin la cruz del amor y del compartir, la plenitud de vida para todos sería sólo un sueño. Quizás hoy es urgente recordar, en medio de los pueblos maltratados, atemorizados y ensangrentados, que, a una vida crucificada, vivida con el mismo espíritu de amor, fraternidad y solidaridad con que vivió Jesús, sólo le espera resurrección.

Juan nos invita ante todo a reflexionar sobre la vida humana como viaje de regreso a la casa del Padre, viaje no individual, sino como pueblo, como humanidad: No podemos quedarnos indiferentes con la suerte de nuestros hermanos. La Iglesia -cada cristiano- siente que debe vivir cada vez más en Cristo para poder dar vida a quien yace en las tinieblas y sombra de muerte. Y, la única respuesta que encontramos es la Cruz que sostiene al Hijo del Hombre, crucificado, para que el que crea en Él tenga vida eterna.

Cuando alguien me expresa no creer en Dios, invariablemente sus argumentos van dirigidos a imágenes distorsionadas de un dios en el que nadie podría creer: Castigador, injusto, lejano e inhumano. O bien, por el triste testimonio de algunos de los que nos decimos creyentes. Pero teniendo la mirada fija en Él, la comunidad cristiana puede alimentar la lámpara de la esperanza. Pues, Cristo, sacerdote y víctima, es el documento con el que el Padre celestial nos declara su amor infinito, nos revela su designio de salvación y nos invita a acoger su don. Deseamos la vida, pero estamos rodeados por la realidad de muerte. Para que crezca la vida, es preciso insertarnos en la fuente de la vida que es Cristo, es necesario hacer de la vida presente un don.

No es difícil descubrir en su corazón un deseo de verdad, de justicia y de bien común que lo lleva a rechazar lo que considera un atropello a la persona. El tiempo con Jesús, vivido minuto a minuto, adquiere un significado nuevo. Él se presenta como elevado en la cruz, pero también como glorificado en el sufrimiento.

En Él se nos brinda la visión concreta y desconcertante del amor de Dios. Si tenemos los ojos fijos en el Crucificado, poco a poco, como fuente viva, brotará en nosotros el testimonio del Espíritu: Cristo “me amó y se entregó por mí” (Ga 2,20). Y esta fuente no dejará nunca de borbotear su canto de amor en el que confluyen lágrimas de arrepentimiento y lágrimas de alegría. Por pura gracia estamos salvados mediante la fe, por gracia, por gracia.

Juan nos hablaba de la renovación del Templo. Nos habla de la renovación de la ley. El verdadero Templo es Jesucristo Resucitado. La verdadera ley es la ley del amor, un amor que sólo el Hijo del Hombre nos puede dar.

Nicodemo acostumbraba a visitar a Jesús de noche, que algunos juzgan por miedo o respeto humano a sus compañeros jefes de los judíos. Sin embargo, también podría entenderse como alguien que viene desde la noche hacia la luz. Uno que, a tientas, busca salir de las tinieblas o al menos está decidido a tener un poco de luz porque la que posee no le parece suficiente.

3. Eligen obrar el mal

Considerando que no hay condenación para los que están en Cristo Jesús. Juan, dice:

“

La causa de la condenación es ésta: Que la luz ha venido al mundo y los hombres han amado más las tinieblas que la luz. Sus obras eran malas. Todo el que obra el mal odia la luz; y no viene a la luz para que no vean vituperadas sus obras” (Jn 3,19-20).

El mal es una particularidad negativa que se le atribuye a las personas cuando actúan carentes de bondad o moral dentro de su entorno.

El problema del mal alteró fuertemente a Agustín, al punto de considerar que éste constituía un obstáculo infranqueable para la comprensión racional del mundo y del ser humano. Todo esto muestra la verdadera causa de la condenación: Que los que hacen el mal siguen haciendo el mal incluso cuando saben que lo es. Distinguiendo el mal del bien eligen obrar el mal, y por ello reciben las consecuencias de sus actos.

Juan asimismo revela que quien obra el mal y persevera en él no se acerca al bien para que no se pongan en evidencia ni sus obras ni él. Para poner un ejemplo, sería similar a cuando uno empieza a mentir sobre algo y, después, sigue mintiendo sobre todo lo relacionado, ya que no quiere que le descubran. Quien obra el mal no quiere reconocer que está haciendo el mal, y por ello se esconde de la luz, ya que en la luz no hay lugar para las tinieblas.

Los hombres aman más las tinieblas que la luz. Parece mentira, pero es así. La causa, nuestra naturaleza caída. Y eso que, en cuanto se aplica un poco de luz, la oscuridad remite y se ve su realidad: Que no es nada más que vacío y absurdo. Jesús nunca pensaba en sí mismo, siempre pensaba en los demás. Jesús nos enseñó cómo vivir y qué hacer para escapar del juicio venidero, pero muchos no quieren oírlo.

Si Jesús era tan justo y tan bueno, ¿cómo es posible que muchos no lo amen y lo obedezcan? La tentación no deja de ser una sombra, una promesa vana. Es la técnica de mercadotecnia del diablo, y hay que reconocer que la maneja muy bien. Promete conseguir poder de una forma fácil y rápida. Pero cuando caes, no tienes suficiente. Nunca tienes suficiente porque no eres Dios ni puedes serlo. Ese es el problema central de todo esto: La tentación te ofrece todo un abanico de posibilidades para convertirte en una especie de diosillo, pero por mucho que quieras serlo, la realidad se impone: No eres Dios ni nunca lo serás. El mundo ama el pecado y no lo quiere abandonar. Jesús dice que hay que arrepentirse y volverse a Él.

Nos escondemos de la Luz que podría poner orden en nuestras vidas. Una forma de esconderse es ocultar lo que se hace, está claro. Pero otra todavía más terrorífica y retorcida es normalizar el mal. Ahí tenemos el aborto, la eutanasia, la ideología de género. Atrocidades en diverso grado de normalización, ocultando su esencia bien a la vista, disfrazando su ausencia de verdad con sentimentalismos baratos. Y una sociedad que ha renunciado a la razón sólo funciona mediante esos sustitutivos ridículos.

La Luz es la Verdad: Cristo. Quien camina por donde hay luz es más difícil que tropiece. ¿O no es así? Y, si tropiezas, porque el camino está lleno de obstáculos, lo lógico es levantarse y procurar tener cuidado para no volver a caer. Con luz, vemos los obstáculos que nos hacen caer. Pero amar el pecado, normalizarlo, quedarse en él, en la oscuridad, es tropezar, darnos un buen golpe y cogerle cariño al suelo y a la piedra para, a partir de ese momento, ir reptando como tontos. Sin mirar hacia la luz, por si acaso. Y Jesús resucitó de entre los muertos y vino a ser el Ser idóneo para ser nuestro camino, nuestro guía; en definitiva, nuestra única esperanza de gozar el Reino de Dios.

Culminemos este artículo con este himno de alabanza donde sentimos la voluntad de Dios que se nos ofrece como luz del mundo.

Hacedor de la luz: Tú que creaste

*“Hacedor de la luz: Tú que creaste
la que brilla en los días de este suelo,
y que, mediante sus primeros rayos,
diste principio al universo entero.*

*Tú que nos ordenaste llamar día
al tiempo entre la aurora y el ocaso,
ahora que la noche se aproxima
oye nuestra oración y nuestro llanto.*

*Que cargados con todas nuestras culpas
no perdamos el don de la otra vida,
al no pensar en nada duradero
y al continuar pecando todavía.*

*Haz que, evitando todo lo dañoso
y a cubierto de todo lo perverso,
empujemos las puertas celestiales
y arrebatemos el eterno premio.*

*Escucha nuestra voz, piadoso Padre,
que junto con tu Hijo Jesucristo
y con el Santo Espíritu Paráclito,
reinas y reinarás en todo siglo”.*

Amén.

